



Ante la reedición de *La gran temporada*

ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO
Universidad de Cádiz

La fiesta de toros tiene una larga tradición como fuente posibilitadora de tramas y argumentos para la narrativa hispánica. Una serie de títulos de ambientación taurina jalonan los dos últimos siglos de la historia de la literatura. La tauromaquia ha suministrado, pues, ambientes, personajes y conflictos con los que configurar cuentos, relatos y novelas, desde los años románticos hasta las fechas más recientes. Durante ese largo recorrido el mundo de los toros y los colindantes con él han sufrido diversas vicisitudes que no han podido menos que proyectarse hacia el exterior, al tratarse de un espectáculo que conlleva una gran participación pública y despierta pasiones encontradas entre partidarios y detractores de la propia fiesta o del papel desempeñado por cualquiera de los diversos protagonistas de la misma.

Así unos narradores han acudido al tema taurino en unas ocasiones en las que la fiesta estaba en pleno apogeo, con diestros triunfadores, convertidos en ídolos de los públicos en una atmósfera de contagioso entusiasmo. En otros casos, al estar el espectáculo en un momento más crítico y apagado, la tauromaquia ha dejado traslucir en mayor medida los aspectos negros y negativos siempre latentes en ella. La mirada del escritor no ha contado con un material inmóvil, pues a pesar del aspecto cerrado que le puede prestar la estricta sumisión a sus rituales y tradiciones, la fiesta de toros se ve presionada por innumerables fuerzas que la condicionan, provocando que, ante los ojos del buen observador, afloren de unas veces a otras situaciones muy dispares.

Por otra parte, la narrativa también ha contado con sus propios cambios técnicos, estéticos y de otros tipos, en consonancia con el contexto histórico y social en que se llevaba a cabo la escritura, orientando así las preferencias de los narradores a la hora de seleccionar un tipo de episodio, de trama y de personaje. Por tanto se puede pensar que a la hora de acercarse un escritor al mundo de los toros, lo narrado por él, recoge de alguna manera el efecto de la situación histórica que refleja la tauromaquia, a la par que se hace de cierta forma también eco, por identificación o por rechazo, de los planteamientos contemporáneos técnicos, éticos y estéticos del género narrativo.

Estos párrafos preliminares quizás eran necesarios para adentrarse en la nueva lectura posibilitada por la reedición de *La gran temporada*¹, el volumen de relatos de Fernando Quiñones, publicado anteriormente en 1960. Esta nueva edición conserva, aunque revisados, el corpus de los más significativos relatos anteriores. Algunos han sido eliminados, otros añadidos, pero se mantiene el mismo número, quince, así como el mismo enfoque, tono y punto de vista. El mismo título también preside esta edición, como una confirmación del papel central asignado, antes y ahora, al relato escogido como pieza clave para presidir, con su denominación, el conjunto de las quince narraciones.

Para los que leyeron anteriormente *La gran temporada*, se presenta por tanto una ocasión propicia para contrastar, en lo posible, la impresión dejada por aquella primera lectura y la provocada por esta reciente edición. Recordar la recepción producida entonces y confrontarla con la transmitida ahora, puede dar lugar a significativas reflexiones sobre la permanencia de ciertos valores en la obra narrativa de Fernando Quiñones. Ante esto, cabría preguntarse en qué pueden residir las claves para que unos relatos, escritos hace más de treinta años, mantengan, ante el público de hoy, la misma capacidad y garra literaria. De modo que pueden tanto interesar a los lectores que se sienten atraídos por la fuerza sugestiva de una narración como a los que esperan que los relatos le brinden una buena evocación testimonial de la fiesta de toros en la época tratada.

Y en efecto, ante una lectura que pretenda ser muy exigente en cuanto a la verosimilitud de la ambientación taurina, los relatos de Fer-

¹ Fernando Quiñones: *La gran temporada. Relatos*. Alianza Editorial, Madrid, 1998.

nando Quiñones sorprenden al mostrar de manera inmediata una escritura realizada muy **desde dentro**, entendiéndolo por ello que el autor da pruebas de un preciso conocimiento del mundo taurino en todas sus facetas, al mismo tiempo que realiza una aplicación consecuente del mismo a las necesidades del relato. La tauromaquia al depender tanto de unas tradiciones muy ritualizadas como de un lenguaje codificado en extremo, se recienta enseguida del más mínimo desvío en el uso de su léxico y de su ceremonial. Por ello no es frecuente esa feliz coincidencia en un autor: el asumir de manera tan fidedigna las claves literarias para adentrarse en la fiesta de toros sin perder por ello capacidad de manobra para elaborar unas tramas narrativas con gran interés en sí mismas, al margen del universo que evocan. Por tanto, como en toda obra literaria bien lograda el aspecto testimonial se articula estrechamente con la intriga ideada por el narrador; beneficiándose de esa adecuación tanto el lector de libros taurinos –que encuentra en *La gran temporada* una documentada evocación– como el que lee buscando sobre todo la fuerza y belleza de lo literario.

La ambientación de cada uno de los quince relatos es diversa. Quiñones enfocó su atención hacia aspectos muy dispares de la tauromaquia. Pero algunos rasgos comunes prevalecen en casi todos ellos, por ejemplo, su preferencia por unos protagonistas más bien perdedores o en trance de estarlo, lo cual puede interpretarse como una forma de rehuir la visión triunfalista del espectáculo reinante en España por los años en que Quiñones escribía sus narraciones. Al lado del oropel y de las luces que suelen rodear la imagen habitual de la fiesta de toros, está también la sombra de los que no acceden a su gloria, apenas perduran en ella, o arrastran su fracaso por los aledaños del peculiar mundo taurino.

En esa línea de enfoque, tendente a reflejar la marginación y la frustración que los toros conllevan, Quiñones había sido precedido por toda una serie de autores que cultivaron a finales del siglo XIX y comienzos del XX los postulados del naturalismo o de un realismo crítico, como López Bago, López Pinillos, José Mas, y más recientemente Gutiérrez Solana y Eugenio Noel. En todos ellos hubo un desplazamiento en la perspectiva y en el enfoque de su visión de la fiesta, apartándose de la tradición romántica, con sus alardes de héroes trágicos y sus acentuaciones de la parte más llamativa y brillante de las fiestas de toros. Habían surgido así una serie de títulos en los que se mezclaban ingredientes derivados del naturalismo, junto a una mayor exigencia realista, y alimentado todo ello,

además, por posturas muy críticas nacidas al calor de los movimientos regeneracionistas. El resultado fue una clara preferencia por resaltar el lado más negro y negativo de la tauromaquia. Muchos de aquellos escritores se acercaron al mundo de los toros como un trasunto simbólico de la propia vida nacional, en el que aún se hacían más evidentes las lacras sociales y políticas del país. Pero este atrevimiento literario, que liberó la fiesta de los toros de sus acentos más casticistas, se hizo casi siempre exhibiendo una postura demasiado predeterminada en contra del espectáculo taurino.

Por tanto, aunque entre los nombres citados y *La gran temporada* de Fernando Quiñones pudiera establecerse una misma actitud de renuncia común y de rechazo, al no querer ninguno de ellos prestarse a ilustrar el lado exterior y colorista de la fiesta de toros, sin embargo otros rasgos diferencian –además de la distancia cronológica– al novelista gaditano de todos esos narradores aludidos antes. Así, en Quiñones su postura nunca parece previamente enfrentada al mundo taurino. Ningún prejuicio le predispone a dejarse llevar, en el momento de elaborar sus relatos, por enfoques tristes y descarnados de la fiesta. Mas bien, por el contrario, es el del toro un ambiente que reclama su pasión y que conoce con la minuciosidad de alguien bien iniciado. No es el suyo un saber taurino lleno de improvisaciones, sino sólido y aprendido desde dentro, desde la extensa gama de rincones que la fiesta ofrece para ser vivida y observada. Por eso cuando sus preferencias se inclinan por revelarnos los reverses de los protagonistas y el reverso negativo de sus momentos de triunfo, no es porque se haya acercado a la fiesta con la intención de desnudarla o desmitificarla. Al contrario, la lectura de sus narraciones dan a entender que un aficionado entusiasta, y un conocedor apasionado precedieron al narrador. Pero al asumir Quiñones este papel, al transformarse de entendido en escritor, comprueba que la exigencia de un mínimo realismo, y el deber de ser consecuente con lo que observa, en los toros y fuera de los toros, en la España de los años cincuenta, le obliga a dar salida sólo a situaciones de frustración, nostalgia, faltas de esperanza y desencanto.

Con su prodigiosa versatilidad como narrador de atmósferas taurinas pudo adentrarse, a través de los quince relatos, desde la intimidad de una habitación de hotel a la hora de vestirse un torero hasta las oscuras reacciones de un toro encerrado en su chiquero. Gracias a la precisión de su mirada y al ajustado encaje de su lenguaje vivifica literariamente todos y cada uno de esos mundos. Uniendo así el dominio de unos

médios expresivos acordes con un enfoque narrativo y testimonial para el que entonces hacía falta tanto atrevimiento como lucidez. Al actuar de esa manera, al narrar con esas dotes, dejó un fidedigno documento de la fiesta de toros, que se erigía al mismo tiempo en gran metáfora de la vida del país en la década de los cincuenta. Pero su acertada mirada hacia el mundo de los toros tuvo también mucho de presentimiento. Lo que él resaltó, aunque veraces, eran todavía sólo indicios de la degradación que se avecinaba. Así a su espléndida labor como narrador, supo unir la de fiel testigo y la de entristecido profeta.